

In memoriam

Ernst Uthoff (1904-1993)

La entonces Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Chile necesitaba completar el mundo de las artes musicales y escénicas con una Escuela de Danza como primer paso hacia una profesionalización del ballet. Se buscó lo mejor y lo más concordante con las líneas estéticas del momento —comienzos de los años 40— y todo convergió hacia Ernst Uthoff.

El famoso primer bailarín del “Ballet Jooss” fue testigo directo, en su nativa Alemania, de dos guerras mundiales. La primera, cuando era sólo un niño, parte de una modesta y unida familia; la segunda, convertido ya en primer bailarín de la famosa y multinacional compañía de Kurt Joos. El grupo y él en particular fueron aclamados en Chile cuando en 1940 se estrenan en el Teatro Municipal, entre otras obras, el clásico de la danza más avanzada de esos años, *La Mesa Verde*.

Llega a Santiago en 1941. Viene con su esposa, la bailarina y maestra Lola Botka y el primer bailarín Rudolf Pesch. Reciben, no sólo todo el apoyo de las autoridades universitarias, sino la altruista acción de la maestra Andréé Háas, quien les entrega su propia academia de danza y ella misma, como base de la Escuela de Danza. Desde ese instante, Ernst Uthoff irá provocando con su ejemplo, su labor y su obra, uno de los vuelcos y aportes más determinantes en el mundo de los espectáculos de alta jerarquía en el país.

Obra y Trascendencia:

Uthoff fue prudente y cauto en la partida. En 1942 mostró a su Escuela de Danza y sólo en 1945, cuando el proceso de aprendizaje, asimilación de estilo y estética, se había afianzado, estrenó su versión expresionista de *Coppelia* mientras iba fogueando a sus juveniles danzantes en las temporadas de ópera.

Los estrenos sucesivos de *Drosselbart* en 1946, *Czardas en la Noche* en el 1947, seguidos en nuevas temporadas por *La Leyenda de José, Don Juan* y en 1952 por *Petroushka*, confirmaron la existencia de una escuela y de una compañía chilena de danza con figuras propias como Virginia Roncal, Patricio Bunster, Malucha Solari, Blanchette Hermansen, entre otros. Esto es, los objetivos por los cuales fuera contratado, estaban ampliamente cumplidos y aun más, el grupo había desarrollado un estilo y ganado un público fiel y entusiasta.

Ernst Uthoff, además de sus dotes de maestro y director fue un creador fructífero, efectivo y generoso. Su arte derivado de la danza dramática centroeuropea estaba sustentado además, en sutiles detalles de expresión que sólo él y su equipo podían transmitir a los danzantes. Además, sus puestas en escena significaron, siempre, una conjunción especial entre todos los factores del acto teatral. Y en este hecho que él defendió a fondo, radica otro de sus aportes a la escena nacional.

Podría decirse que hubo una forma de presentar los espectáculos, antes y después del exigente y altamente profesional Ernst Uthoff. El cuidado y profesionalización de escenografías, vestuario, maquillaje, música y su entrega al público parten y crecen con él.

Estuvo siempre agradecido de un país que le integró a su vida y en 1947, en un acto inolvidable realizado en el Teatro Municipal, Domingo Santa Cruz, máxima autoridad de la entonces Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Chile, le entrega su carta de nacionalidad chilena. Nunca perdió su acento alemán y su lenguaje, giros, metáforas y expresiones, son partes del acervo lingüístico artístico-universitario. Sus hijos nacieron en esta tierra que conoció recorriéndola de un punto a otro en sus giras con la compañía y a la que enriqueció con sus creaciones, enseñanzas y su ejemplo.

Máximas creaciones suyas son *Carmina Burana*, ballet oratorio cuyo estreno en 1953 marcó un punto álgido en la vida artística de los cuerpos estables universitarios como el Coro, sus mejores voces líricas, la Orquesta Sinfónica, su director Victor Tevah, el Ballet Nacional, sus solistas y un grupo emergente encabezado por María E. Aránguiz y Oscar Escauriaza. Después de haber perdido su sede en el Teatro Municipal, tras la serie de giras por América con premios consagratorios en todas partes, entregó su *Milagro en la Alameda* con motivos chilenos.

Ahora, después de su dulce tránsito, nos queda su obra, y varias de sus grandes figuras: Hilda Riveros, Octavio Cintolessi, Patricio Bunster, entre tantos otros que continúan su labor sin perder el sello impreso por el artista. Quizás, ellos hayan encontrado su camino más allá de la danza dramática, pero estarán siempre dentro del amor absoluto y el respeto total hacia este arte y hacia el público.

Le seguiremos viendo en el Teatro Municipal o bien, dictando sus órdenes o, en calidad de permanente y siempre interesado espectador, desde la platea. O bien, caminando junto a Lola Botka y Michael su hijo bailarín y coreógrafo. Imborrable es su imagen al recibir el Premio Nacional de Arte en 1984 y la de sus últimos tiempos, con la serenidad de los que supieron ganar su sitio de privilegio en el mundo del arte.

Yolanda Montecinos

Margarita Friedemann de Vásquez (1896-1993)

Pocos días antes de cumplir 97 años, se ha dormido en la paz de los justos la señora Margarita Friedemann Heim de Vásquez, a quien tantas generaciones de músicos y aficionados a la música debemos la posibilidad de haber adquirido partituras, instrumentos musicales, accesorios y tantos otros bienes de cultura que ofrecía en "Casa Margarita Friedemann".

Hija de don Carlos Friedemann, llegado a fines del siglo pasado a Chile desde Silesia, su patria, nació en Santiago el 3 de abril de 1896. Desde muy niña acompañó a su padre en la atención de un negocio de música que éste instaló, en 1905, en calle Ahumada, donde vendía pianos, partituras e instrumentos para bandas militares. A la muerte de don Carlos, el 2 de septiembre de 1936, Margarita heredó la casa de música, situada entonces en calle Moneda. Muy pronto, la "Casa Margarita Friedemann" se transformó en el punto obligado al que confluían músicos chilenos y directores de orquesta, solistas y cantantes extranjeros, que actuaron en Chile en las temporadas de conciertos de las décadas de los años 40 al 60, cuando la guerra desplazó hacia América del Sur a los músicos más famosos del mundo entero. Su hogar, constituido desde 1922 con don Custodio Vásquez Constantino, estuvo siempre abierto a estos visitantes, donde no faltaban a su tertulia artística un Arrau, un Backhaus, un Kleiber o un Busch, por citar sólo algunos. Un nuevo local en Agustinas, al frente de la Plaza de la Constitución, fue elegante testigo, durante muchos años, de la variada actividad artística capitalina.

La prematura viudez de su dueña y el auge de la fotocopiadora, que amagó poderosamente a la actividad editorial de la música, desplazaron a la "Casa Margarita Friedemann" a calle San Martín, con Margarita, siempre solícita e incansable, en la atención de su público fiel. En 1975, luego de siete décadas de actividad ininterrumpida, Margarita se retiró, dejando el negocio en manos de sus eficientes colaboradoras, el que hoy funciona, exitosamente, como "Casa Margarita Friedemann, Ltda.", en Avda. Providencia.

De vasta cultura y de un refinamiento espiritual poco común, Margarita Friedemann se caracterizó por su tesón y generosidad, por su exigencia de perfección y su jovialidad, y, muy especialmente, por el cultivo de la amistad. Son muchas las personas que recibieron el beneficio directo de esa amistad, y que, incluso, fueron acogidas por el matrimonio Vásquez- Friedemann, en su propia casa. Su prodigiosa memoria atesoraba, con cariño, cada detalle, gesto y diálogo de anécdotas innumerables, con las que reconstruía escenas de su largo y rico pasado. Asimismo, guardaba cartas, recortes y recuerdos que constituyen, hoy, una fuente importante para el estudio de la música chilena del presente siglo. Gracias a ella, pudimos rescatar imágenes de centenares de músicos nacionales y extranjeros que visitaron Chile, las que, con su generosidad acostumbrada, facilitó para mi *Iconografía musical chilena*.

En agosto de 1989, Margarita Friedemann me pidió que escribiera un libro sobre la vida de su gran amiga, la pianista chilena Rosita Renard, de quien guardaba el fervoroso recuerdo de su entrañable amistad. En las larguísimas conversaciones que sostuvimos hasta poco antes de su muerte, no sólo aprendí a conocer y a querer a esa mujer extraordinaria que fue Rosita Renard, sino también, a aquilatar la belleza del alma de esta amiga ejemplar que fue Margarita Friedemann: la lucha por sus ideales, la enorme pena que tuvo por haber perdido al esposo y a su único hijo, el doctor Raúl Vásquez;